



Cumaná, 1930. Historiador, investigador, catedrático universitario.
Doctor en Historia. Profesor de la Cátedra Simón Bolívar, Universidad de Cambridge.
Embajador en Colombia, México y Checoslovaquia.
Tiene publicada una vasta obra en el campo de la historia.

El siglo XX venezolano conversado con Germán Carrera Damas

ASDRÚBAL BAPTISTA. Es un honor muy grande tener entre nosotros a Germán Carrera Damas. No incurro en exageraciones si afirmo que Germán Carrera Damas es uno de los grandes historiadores contemporáneos de Venezuela, con una obra vasta y muy importante. Germán tiene además la circunstancia de haber visto al país durante muchos años desde afuera, de haberlo visto a través de los ojos y de la conversación con historiadores de muchas otras latitudes en esfuerzos colectivos que desbordan las simples fronteras del país, y eso hace que su comprensión de Venezuela, su juicio sobre la historia venezolana tenga un valor excepcional.



En mi juicio su obra tiene una significación muy importante porque, en verdad, muy pocos historiadores se han echado sobre sus hombros la tarea de pensar sobre la naturaleza misma de la historia que se hace en el país. En ese sentido, Carrera Damas no es sólo un historiador, sino también –y no quiero utilizar una palabra que cause innecesarios resquemores– un historiador de los propios historiadores, o mejor, un filósofo de la historia.

Mi pregunta inicial para arrancar la conversación sería la siguiente: ¿qué suerte ha tenido la historia que en Venezuela se ha hecho para poner de relieve la naturaleza del siglo? ¿Cuáles han sido sus virtudes? Y, por supuesto, si hay virtudes también hay debilidades: ¿cuáles sus carencias fundamentales?

—Germán Carrera. Recojo un hecho que vale la pena anotar. Efectivamente, mi primera preocupación se situó en el campo de la historia de la historiografía más que en el de la historia misma, porque me di cuenta, diría que bastante tempranamente, de que Venezuela, es decir los venezolanos contemporáneos míos –estoy hablando de mediados de los años 40 a 50 y 60– no sólo pensaban en Venezuela históricamente, sino que la veían a través de cómo los historiadores habían formado su concepto. Tales reflexiones, en mi comprensión, son necesarias para entender los fundamentos de la conciencia histórica del venezolano.

Convencido estaba, y lo estoy, de que en definitiva es la conciencia histórica la que sirve de basamento para el desarrollo de la conciencia social y, por ende, de la conciencia política. No tiene que ser un proceso absolutamente consciente; está allí, y así fue como lo deduje del estudio de la historiografía venezolana del siglo XIX. Cuando se hizo la independencia y se vivió la gran desilusión –sobre todo

hacia 1840– se llegó a poner en duda si aquella empresa fue realmente razonable. Vino entonces el esfuerzo de los historiadores para justificarla, y así produjeron la llamada historia patria, la cual gestó una manera de ver lo histórico nuestro que condujo al concepto de que la independencia era en sí un valor suficiente, sin importar que subsistieran la esclavitud o la desigualdad social, o que reinara la miseria, etc. Lo importante era que se había logrado la independencia, y ese era un valor fundamental. Esto lo consiguió la *historia patria inicial*, pero tenía una limitación, a saber, que daba al pasado una proyección tal que en definitiva hacía poco

El gran logro de este siglo es haber tomado un grupo de hombres y mujeres y convertirlos en una sociedad, de acuerdo con un determinado proyecto sociopolítico de carácter democrático y moderno.

menos que imposible la acción del presente.

El gran esfuerzo que se hizo a partir de Baralt –cuyo auge se alcanzó bajo los auspicios del general Antonio Guzmán Blanco–, fue convertir aquella *historia patria en una historia nacional*. ¿Por qué digo en historia nacional? Porque ya no es una historia que se dedica a justificar la independencia, sino que también es una historia que se empeña en justificar la república, es decir, la constitución de la república. Este proceso continúa hasta que alcanza un momento crítico con la obra de José Gil Fortoul.

Cuando se habla de la *Historia constitucional de Venezuela* algunos piensan que se trata de la historia de las constituciones venezolanas. La verdad, sin embargo, es que si se la lee con atención se cae en cuenta de que lo que José Gil Fortoul quiso hacer fue –en momentos de absoluto predominio del caudillismo, en los tiempos de la dictadura de los generales Cipriano Castro y de Juan Vicente Gómez–, sentar la tesis de que el continuum verdadero en la historia de Venezuela es la prédica de un ordenamiento civil republicano, que guarde correspondencia con la concepción original de los hombres de 1811 que formularon la primera Constitución.

Pues bien, y para ser breve, todo ello me hizo ver el papel que desempeñaba en esa historiografía, y como eje de todo este proceso, lo que he denominado *el culto a Bolívar*. ¿Qué significó esto para mí? Significó que lo que estuvo justificado en momentos históricos determinados, al sobrevivir exageradamente y proyectarse en el siglo XX terminó por convertirse no sólo en una rémora para la comprensión del proceso social, sino también en una fuente de pensamiento retrógrado, muerto, anquilosado. No le quedaba sino esperar el déspota de turno que lo utilizara para justificar su gobierno: desde el general Eleazar López Contreras que inventó las Cívicas Bolivarianas para enfrentarse al comunismo, hasta el general Marcos Pérez Jiménez, que montó las benditas Semanas de la Patria para justificar su dictadura. Así se convirtió este culto en una política de Estado –no sólo de gobierno– que cumple la innoble misión de mantener en un estado de infancia permanente la conciencia histórica del venezolano.

Esto se manifiesta fundamentalmente en tres aspectos. Primero: el pueblo no fue actor de la independencia y, por lo tanto, no fue factor en la creación de la patria.

¿Por qué? Porque el pueblo o era ignorante o estaba con los españoles. Pero la clase dominante, que en su mayor parte estuvo con los españoles hasta el final, sencillamente se reasimiló en la sociedad como un elemento patriótico.

Segundo: negamos nuestra condición de sociedad monárquica, es decir, se logró vaciar hasta tal punto la conciencia histórica del venezolano, que todavía hoy uno le dice a los estudiantes que nosotros fuimos una sociedad monárquica y se llenan de asombro, puesto que nunca se han pensado como una sociedad monárquica. Fuimos una sociedad monárquica colonial –gozosamente monárquica, lealmente monárquica– y por eso luchamos 14 años por mantener la Corona.

Tercero: el extraño maridaje, tomado del positivismo aunque degradado, del orden y el progreso. Es decir, la idea de que se progresa en ausencia de libertad y que es imposible progresar en el goce de la libertad, estuvo detrás del gobierno paternalista de los generales Antonio Guzmán Blanco, Juan Vicente Gómez y otros tantos.

Esto me hizo ver que era necesario revisar la historiografía venezolana. Por ello cuando regresé a Venezuela en 1958 me empeñé en crear la Cátedra de Historia e Historiografía venezolana. Por fortuna encontré a un hombre que entendió el propósito y me ayudó; fue el doctor J. M. Siso Martínez, director de la Escuela de Historia en la UCV, quien me permitió crearla como una cátedra experimental en una de sus horas de clase. Al mismo tiempo dirigí un seminario para estudiar autores y publiqué un volumen de textos relevantes. Esto, superadas todas las dificultades se fue desarrollando, y hoy puedo afirmar que las personas que retomaron esa idea y la han llevado adelante son las que están haciendo la revisión de la historia de Venezuela y creando una nueva concepción de esa historia, no simplemente como un elemento de investigación académica, sino también como el embrión de una nueva forma de la conciencia social. Pero, cabría preguntarse ¿cuál conciencia social? La que habrá de servir de fundamento al desarrollo de una sociedad democrática en Venezuela. Después de 40 años de un régimen sociopolítico democrático, aún estamos en el umbral del desarrollo como una sociedad verdaderamente democrática. Pero, para traspasarlo tenemos que cambiar la conciencia histórica.

Ahora bien, la conciencia histórica tradicional se resiste, lucha; allí está el culto a Bolívar utilizado por los chavistas, pero también están la Academia de la Historia, la Sociedad Bolivariana, el estamento militar. ¿Por qué? Porque esa conciencia histórica corresponde a un esquema de poder. Independientemente de cualquier otra circunstancia, mientras no se logre la transformación de la conciencia histórica las posibilidades de desarrollar en Venezuela una sociedad genuinamente democrática seguirán siendo vulnerables, precarias, inestables. Pero justo es reconocer que se ha avanzado mucho. Y téngase presente que no estoy hablando de un siglo; estoy hablando de escasos 50 años, porque en 1950 todavía Venezuela estaba, en el sentido que vengo comentando, sumergida en el siglo XIX.

En suma, sí creo que el estudio de la historia de la historiografía venezolana es un instrumento conceptual e ideológico necesario para la transformación de la conciencia histórica del venezolano y, por lo mismo para sentar las bases de un cambio de la conciencia social y política.

—Isaac Chocrón. En el ensayo del “Siglo XX venezolano: Hombres e instituciones” que editó la Comisión Presidencial del Quinto Centenario, en la página 27 dice: “La mayor dificultad de este intento de proponer un balance histórico del siglo XX venezolano consiste en decidir cuánto y qué de ese siglo merece y debe ser transmitido en una síntesis como esta al venezolano del próximo siglo”. Por cierto, una acotación antes de continuar: el ensayo se llama “Siglo XX venezolano: Hombres e instituciones”, y me llamó mucho la atención que no mencionas a ningún hombre, en las treinta páginas no nombras a nadie; yo pensé que ibas a nombrar a Juan Vicente Gómez, Rómulo Betancourt, Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera, por citar algunos nombres.

—Germán Carrera. Y no hay ninguna estadística, tampoco.

—Isaac Chocrón. No hay nada de eso. Pero entonces cuando dice: “consiste en decidir cuánto y qué de ese siglo merece y debe ser transmitido, en una síntesis como esta al venezolano del próximo siglo”. Asdrúbal Baptista, en su ensayo *Marcas en un calendario: en pos de la idea del capitalismo rentístico*, dice “que el pensamiento crítico y reflexivo necesita otro medio de cultivo y lo que precisa en todo caso es de incitaciones más que de respuestas”. Entonces, me gustaría saber ¿cuáles incitaciones podríamos transmitirle al venezolano en el próximo siglo, en relación con este siglo XX?

—Germán Carrera. Esa fue una travesura metodológica muy deliberada. Yo quise plantearme el problema de determinar qué cosas, y en qué forma, vale la pena transmitirle a un venezolano del 2050, que probablemente esté dos siglos más lejos de nosotros de lo que estamos ahora. Es decir, habrá en el ínterin un proceso de desarrollo general, tanto propio como vinculado con el desarrollo general de la humanidad, que impondrá al hombre necesidades de conocimiento que quizás no están directamente identificadas con las necesidades actuales, por lo que él tendrá un ámbito mucho más amplio sobre el cual reflexionar.

Nosotros nos hemos movido en un universo muy estrecho: bien sea el de Venezuela, bien sea el de los espacios regionales, bien sea el de la misma historia universal, que en realidad ha sido una historia eurocéntrica. Pero siempre nos hemos movido en un escenario estrecho. Estamos en el umbral del gran escenario de la humanidad, y allí nuestra percepción de Venezuela va a ir concentrándose en un punto, no ya una página, no ya un capítulo, sino un punto. Entonces, a ese venezolano que advendrá, ¿qué cosa habrá que decirle de lo que fue el siglo XX?

Me pareció que habría que decirle a ese venezolano que entramos al siglo XX como un grupo humano con una precaria estructuración, que llevaba una vida realmente azarosa, con muy bajos índices de realizaciones en todos los campos, y

que a mediados del siglo, por una serie de circunstancias de coyuntura internacional —la Segunda Guerra Mundial, la aparición del petróleo, etc.—, nos lanzamos en un proceso de desarrollo social que tuvo como característica un gran esfuerzo por crear instituciones. En breve, entraron hombres en el siglo XX y de él han salido instituciones. Pero esas instituciones, hay que enfatizarlo, salen en crisis. ¿Por qué? Salen en crisis porque han tenido un desarrollo sociopolítico sin el debido desarrollo estrictamente social. Es decir, la sociedad venezolana funciona políticamente de manera democrática, pero no socialmente de manera democrática. Por ejemplo, todavía el papel de la mujer en Venezuela es una promesa, aunque se haya avanzado muchísimo; desde este punto de vista no puede afirmarse que la sociedad venezolana sea una sociedad democrática plenamente realizada. Más todavía, la capacidad de autocontrol de la sociedad, que es un indudable signo de desarrollo y madurez democrática, en nuestro país es muy baja; todavía el recurso a la autoridad es excesivo, porque la capacidad de autocontrol de la sociedad es muy limitada.

*El militarismo
me parece horrible.*

Nosotros pusimos en marcha un proceso de cambio aceleradísimo en los años 1945-1948. Me refiero al goce pleno de la libertad, y al goce irrestricto de la igualdad. Esto produjo mil cambios, desde luego, pero al mismo tiempo generó situaciones que se salieron de control. Por eso salimos del siglo XX como una sociedad institucionalizada en crisis, crisis que alcanza incluso a los valores espirituales y fundamentales de esa sociedad.

Este no es un hecho nuevo; no es la primera sociedad a la que le ocurre, es un signo de evolución y de maduración del sistema global de la sociedad. Por eso no me desespero ante lo que está sucediendo en este momento. Pues bien, ¿qué le voy a decir al venezolano del año 2050? ¿Le voy a hablar de Chávez? A lo mejor Hugo Chávez resulta ser una anécdota y no merecerá ni un pie de página ¿Le voy a hablar de Rafael Caldera? Es posible que sí haya alguna referencia a Rafael Caldera en la medida en que haya un resurgir del socialcristianismo. Pero no quiero adelantarme porque, bien se entenderá, es arriesgado hacerlo.

Por otro lado, quise focalizar la atención en el hecho de que al siglo XX lo caracteriza la transformación de un grupo humano en una sociedad institucionalizada, y que ésa es nuestra garantía de porvenir. ¿Por qué no doy cifras? Porque pienso que para aquel hombre de mediados del próximo siglo, las cifras igualmente tendrán un valor muy relativo. No creo en la estadística como un saber establecido e inmutable. También hay una historia de la estadística: desde la estadística racional de Codazzi hasta las mediciones de hoy ha habido una serie de cambios, y bien se sabe lo que esto revela como incertidumbre más que como certidumbre. ¿Le voy a decir al venezolano de mediados del siglo próximo que en este momento, según las estadísticas a mano, había 80 por ciento de pobreza? ¿Le será posible entenderlo? ¿Cuál será la relación con el concepto de pobreza que él manejará entonces? Esta es la gran dificultad.

Por eso hablo de una travesura metodológica. Mi intención fue reducir la historia a aquello que probablemente escapa de la situación coyuntural, de los hombres actuales, del momento presente, quedando como una expresión relativamente permanente.

Quizás mi visión revela aquí el influjo de un hecho que para mí constituye un privilegio. Por circunstancias personales –puesto que no represento al país–, entré a formar parte de las historias que se están haciendo en UNESCO. Es decir, fui nombrado en el Comité de redacción de la *Historia general de América Latina*.

Convencido estaba, y lo estoy, de que en definitiva es la conciencia histórica la que sirve de basamento para el desarrollo de la conciencia social y, por ende, de la conciencia política.

Pero luego mis colegas me eligieron presidente del Comité. También soy miembro del Comité de redacción de la *Historia general del Caribe*. Al mismo tiempo me nombraron en el Comité que está preparando la nueva versión de la *Historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad*, que representa un gran paso hacia una historia genuinamente universal. Pero no sólo soy miembro de este último Comité, sino que además soy miembro del Buró. Esto significa que por primera vez en mi vida he tenido como historiador la obligación, amén del placer, de seguir un curso de ver-

dadera historia universal. ¿Cuándo se le ocurre a uno estudiar la historia de Melanesia; o estudiar el siglo XIX en Australia; o estudiar la evolución de los estilos arquitectónicos en el África del Sur del Sahara en los siglos XVIII o XIX? Obviamente en ningún centro escolar se tiene esa posibilidad, pero en un trabajo como éste que les comento sí es posible.

¿Qué significa esto? Que mi visión presente de la historia es muy diferente de la que tuve durante muchos años. Para mí la historia ahora no puede ser otra cosa que la captación de los procesos o los momentos esenciales que puedan perdurar, y esto a los fines de la comprensión del proceso histórico como un proceso global abierto. Desde luego, se pueden hacer historias particulares y entonces bendita sea la estadística, benditos los nombres, pero el primer acercamiento tiene por fuerza que ser de carácter general.

—José Luis Vethencourt. Mi primera pregunta, y muy corta, ¿usted considera que Bolívar era antidemocrático?

—Germán Carrera. Sí. Simón Bolívar fue un hombre del siglo XVIII, ilustrado, aristócrata, que hizo un enorme esfuerzo de actualización en cuanto a la captación de nuevas ideas, pero que se nutrió de grandes universales, es decir, humanidad, libertad, justicia, etc. No concibió la nación moderna; no concibió al pueblo como factor político, no pudo comprender la democracia. Lo que Alexis de Tocqueville vio de Estados Unidos y que tanto le impresionó, Simón Bolívar no tuvo ocasión de verlo. Recuerden que Simón Bolívar pasó por Estados Unidos cuando tenía 15 años, o algo así, y en ese momento había un desconocimiento casi total de lo que allí sucedía. ¿Pero qué había en la mente de todos? Que Estados Unidos no daba garantías de viabilidad. Nosotros lo vemos ahora en otra forma, creemos que Estados

Unidos nació perfecto. Hasta la cuarta década del siglo XIX, y un poco más adelante, hasta la Guerra de Secesión, había fundadas dudas de que Estados Unidos fuese viable. ¿Por qué? Justamente por su fundamentación democrática, que era un factor que debilitaba al Estado. Simón Bolívar rechazaba de plano esta fundamentación.

—José Luis Vethencourt. ¿Qué era entonces el pueblo para Bolívar?

—Germán Carrera. El pueblo para Simón Bolívar era, de entrada, un concepto, pero un concepto que cuando se iba a llenar de contenidos concretos no se refería, por supuesto, a los esclavos, que quedaban afuera; no se refería a los pardos, que eran sencillamente la masa. El concepto de pueblo para Simón Bolívar estaba más cerca del concepto de vecino que se aplicaba en el siglo XVIII; es decir, aquellas personas cuyo interés en la marcha general de la sociedad estaba determinada por la propiedad. Recuerden que propiedad es uno de los derechos fundamentales del hombre, junto con libertad, igualdad y fraternidad. Es más, la expresión de la libertad y de la igualdad estaba estrechamente vinculada con la propiedad; y en tal respecto la propiedad era central.

El vecino era la persona que tenía no sólo un compromiso con la sociedad, sino también capacidad para participar en la toma de decisiones. Por eso cuando Simón Bolívar entró en Caracas en 1813, reunió al pueblo en la iglesia de San Francisco, y me he preguntado: ¿cómo pudo reunir al pueblo de Caracas en la iglesia de San Francisco? Porque Caracas tenía para la época cerca de 20 mil habitantes. Entonces, ¿a quiénes reunió en San Francisco? La respuesta es que reunió a los vecinos. Ese era su pueblo, ése era el pueblo. La cuestión estriba en que Simón Bolívar refería los universales a esa abstracción, que es el pueblo entendido como sociedad. En este respecto Simón Bolívar marcó un paso adelante, porque siempre consideró que el poder debía estar legitimado por la aceptación general de la sociedad. Este fue el hecho nuevo. Pero Simón Bolívar no concibió al pueblo en el sentido en que se comenzó a concebirlo a partir de mediados del siglo XIX. Era, en breve, un aristócrata ilustrado avanzado.

—José Luis Vethencourt. Quiero recordar que la mitad de este siglo ha sido democrática, y ello no es poca cosa. Yo entonces preguntaría: ¿cuáles fueron las fallas antidemocráticas de esta democracia nuestra de 40 años, me corrijo, de 50 años porque son 40 más los 10 de Contreras y Medina. Más aún, ¿no cree usted que la sensibilidad democrática se encuentra ya presente en la mayor parte del ejército? El ejército se ha ido de alguna manera sensibilizando —su oficialidad, por supuesto—, hacia el convivir en democracia, es decir, se siente cómodo en la democracia.

Lo último que quería decirle es que en Venezuela, según mi impresión, la presencia de la mujer es excepcionalmente alta si se la compara con otros países de América. Yo he tenido cursos en medicina de 23 mujeres y 1 hombre; en los cursos de posgrado son 10 mujeres y 2 hombres. Son experiencias llenas de significación.

—Germán Carrera. Quiero empezar por establecer mi diferencia de enfoque con algunos colegas con respecto a la calificación de los regímenes de gobierno de Venezuela posteriores a 1936. Ella viene de lo siguiente: creo que para determinar la calidad o la condición democrática de un sistema de gobierno es necesario atender a conceptos o criterios fundamentales y no secundarios. Y ¿cuáles son estos criterios secundarios? Se dice, por ejemplo: “el gobierno de Medina fue democrático porque no tuvo presos políticos”. Ahora bien, el no tener presos políticos no significa ser democrático; significa sencillamente no ser autoritario, que es otra cosa. Porque no privar a una persona de su libertad no es un gesto de democracia. La libertad es algo que ni se da ni se quita, sencillamente es una condición del individuo viviendo en sociedad. Se dice que permitió la libertad de expresión. Pero una libertad permitida es la antítesis de la concepción de la democracia; una libertad tolerada es la antítesis del concepto de democracia.

Yo califico el contenido democrático de los regímenes atendiendo a tres criterios: la formación, el ejercicio y la finalidad del poder público. ¿Qué quiero decir con la formación? Que en la medida en que el general Isaías Medina Angarita designó a un señor como candidato a la presidencia, y porque ese señor enloqueció, para frustración del doctor Arturo Uslar Pietri propone a otro señor, la formación del poder en esas circunstancias no tiene nada que ver con la democracia. Fue un acto arbitrario de poder.

¿Qué quiero decir con el ejercicio del poder? Que si el poder es ejercido para beneficio de un sector social con exclusión de la generalidad de la sociedad, o de otros sectores sociales, o si el poder es ejercido con este criterio de tolerancia por delante, sencillamente ese gobierno no es democrático. Se trata de alcanzar un funcionamiento institucionalizado, apegado al Estado de derecho; de lo contrario no hay democracia.

El tercer criterio es la finalidad del poder. Cuando el general Isaías Medina Angarita dice que “el nuevo presidente puede ser civil pero tiene que ser andino”, ¿para quién está gobernando este señor? ¿Para los Andes? No está gobernando para Venezuela. La inclusión de la nación en la finalidad del poder es un hecho de mediados de siglo, esto viene con la Revolución de Octubre, cuando hombres como Alberto Carnevali, Leonardo Ruiz Pineda, etc., representando también el andinismo auténtico, actuaron con una visión global donde entraban la nación y la sociedad.

Las respuestas que se den a estos tres criterios: formación, ejercicio y finalidad del poder, determinan el contenido democrático de un gobierno. Por eso no situó la democracia en el general Eleazar López Contreras ni en el general Isaías Medina Angarita. Estos dos gobiernos fueron los últimos actos atenuados de la dictadura del general Juan Vicente Gómez, en función de ciertas condiciones personales, pero también en función de la coyuntura internacional. Ya con la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo luego de acordada la Carta del Atlántico, era imposible

seguir con el régimen dictatorial en Venezuela. Por lo tanto, atribuirle al general Isaías Medina Angarita la apertura democrática es absolutamente gratuito, sobre todo si se tiene en mente que también los dictadores centroamericanos tuvieron que hacerla por imposición de la situación internacional.

¿Cuándo se manifestó el comienzo de una actividad o postura genuinamente democrática? Fueron los factores internos de cambio de la sociedad, desarrollados en función de criterios políticos nuevos, los que pusieron en marcha la sociedad en un sentido global, mediante dos instrumentos: el ejercicio pleno de la libertad y el goce irrestricto de la igualdad. Pues bien, esto fue cosa de los años 1945 a 1948. ¿Por qué digo el ejercicio pleno de la libertad? Los partidos políticos, los sindicatos, las agrupaciones de todo orden entraron a funcionar como parte de la vida pública, no por tolerancia sino por derecho. Lo mismo sucedió con la igualdad. Fue en 1946 cuando se completó la sociedad venezolana, incluyendo en las decisiones de carácter político a los mayores de 18 años, a los analfabetas y a las mujeres.

*El pueblo no fue actor
de la independencia
y, por lo tanto,
no fue factor en la
creación de la patria.*

De un golpe la sociedad venezolana se amplió en una forma tan audaz, tan osada que realmente no sé si los hombres que tomaron las decisiones calcularon realmente cuáles podían ser las consecuencias de todo aquello. Fue como abrirle la compuerta a una represa, y comenzó un nuevo orden de cosas. Pero ese nuevo orden de cosas era absolutamente imprevisible en su desarrollo, y terminó por tomar caminos que desbordaron la propia estructura política. De allí viene la falla de la democracia: las estructuras políticas no evolucionaron al mismo tiempo que la sociedad, y no tuvieron la capacidad requerida para encauzar estas grandes fuerzas desencadenadas. ¿Cómo podían hacerlo? Orientando el uso de la libertad, orientando el disfrute de la igualdad. Además, surgen las condiciones en que la otra cara, necesaria, de la democracia comienza a pesar, a saber, la demagogia. La democracia es inseparable de la demagogia: son las dos caras de la moneda desde la antigua Grecia. ¿En qué sentido? En la medida en que el poder dependa de la voluntad de la generalidad, la tentación de halagar esa voluntad es obvia, y por ahí entra la demagogia.

El sistema político venezolano puso en marcha fuerzas que luego fue incapaz de controlar, y cuando se planteó la posibilidad de abrir un nuevo cauce —hablo de 1985— al constituirse la Copre y gestarse las primeras medidas de reformas, las viejas estructuras políticas se resistieron a este cambio. Mejor dicho, las aceptaron mientras pensaron que no se iban a poner en práctica. Se llegó, ustedes recordarán, a un Pacto para la reforma del Estado que todos firmaron. Pero cuando se percataron de que las cosas se movían hacia la práctica sencillamente se echaron para atrás. ¿Por qué? Porque ello significaba debilitarse como factores de poder. Desde mi punto de vista, allí comenzó a plantearse la crisis de la democracia venezolana, con la circunstancia de que las pocas medidas que se logró llevar adelante, entre ellas la descentralización, la elección de los gobernadores, la elección

de los alcaldes, parecen haber pegado, como dicen los que siembran matas, y en cierta medida se han convertido en la garantía de que la democracia sí ha penetrado en la sociedad.

—José Luis Vethencourt. ¿Y en el ejército?

—Germán Carrera. En cuanto al ejército la situación es especialmente difícil, porque téngase presente que nosotros no tuvimos un ejército aristocrático; tuvimos un ejército cuya característica era el regionalismo a ultranza, sobre todo en los altos mandos. Me corrijo, ni siquiera regionalismo: era la tachiranidad, como dice

De allí viene la falla de la democracia: las estructuras políticas no evolucionaron al mismo tiempo que la sociedad.

Ramón J. Velásquez. Desde ese punto de vista casi podría hablarse de un ejército de ocupación de Venezuela, manejado por un sector de venezolanos.

¿Qué hizo la Revolución de Octubre al suprimir todos los cargos por encima de mayor? Desbrozar el camino para que surgiera una nueva generación militar, e hizo además algo muy importante: creó la escuela de clases. No sé si ustedes recuerdan que sólo se lle-

gaba a la oficialidad por la vía de la Escuela Militar. No había la posibilidad de que un soldado que fuese cabo, sargento, etc., pudiera seguir su camino hasta llegar a oficial. La escuela de clases fue vista por un sector militar como un intento de vulnerar las Fuerzas Armadas, convirtiéndolas en una fuerza popular. Incluso tuvimos un general que hizo todo ese recorrido, y que llegó a ser ministro de la Defensa en el gobierno de Leoni, si mal no recuerdo fue el general R. Florencio Gómez.

Este fue el designio de Rómulo Betancourt. Él bien entendió que mientras el ejército no fuese una fuerza genuinamente democrática la democracia estaba en peligro. El verdadero objetivo del Pacto de Punto Fijo fue comprometer a los partidos políticos que tenían mayor peso en el país para no entrar en componendas, como la del 18 de octubre de 1945 o del 24 de noviembre de 1948, con un sector del ejército. Rómulo Betancourt sabía muy bien que el 23 de enero no fue un movimiento popular para echar al general Marcos Pérez Jiménez; sino un movimiento militar para mantener el gobierno militar sin Pérez Jiménez. Es decir, que el propósito de los militaristas de estar al frente del poder ha sido una constante, y fíjense en que después de Punto Fijo, ¿qué se planteó? El único partido que quedó fuera del Pacto de Punto de Fijo entró a conspirar con los militares: sucedieron el Carupanazo, el Porteñazo, la guerrilla, etc. ¿Y cuál fue ese partido? El Partido Comunista.

—José Luis Vethencourt. Y el MIR.

—Germán Carrera. Incluso también algunos sectores de URD. Con esto quiero decir sencillamente que en el proceso de democratización del ejército ha habido enormes dificultades. Creo que la causa mayor de esas dificultades es la separación de hecho que ha existido entre la sociedad civil y la militar. Por eso he sido partidario de que los militares voten y lo he expresado públicamente; que no tengan una actividad política, pero que voten, porque de esa manera ya nadie podría decir “yo interpreto el sentir del ejército”.

—Maritza Montero. Has hablado de la democratización y de un efecto democratizador que ha penetrado en el seno de las Fuerzas Armadas. ¿Podrías abundar algo más en esto? Cuáles son los factores, las vías, las acciones que han llevado a que se produzca ese efecto democratizador. También quisiera preguntar si ese efecto democratizador tiene algún antecedente en el siglo XIX, o es un producto del siglo XX.

—Germán Carrera. Creo que el cambio más importante que ocurrió en Venezuela hasta mediados del primer tercio del siglo XX, fue justamente que se separó el concepto de libertad del concepto de democracia. Los hombres que desde el general Juan Crisóstomo Falcón en adelante todavía hablaban de democracia, más que en la democracia misma lo que estaban pensando era en la libertad. Y los hombres que se opusieron al general Juan Vicente Gómez, aunque muchos de ellos lo hicieron en nombre de la democracia, en realidad lo hicieron en nombre de la libertad. Libertad y democracia eran valores que no estaban claramente diferenciados.

Esta diferenciación se vino a establecer más o menos a partir de 1936. Un factor importante en esto fue la Guerra Civil española. En el caso de Venezuela hubo una gran repercusión que acentuaba el contraste entre el fascismo y la democracia. Lo interesante en esto es que esos conceptos quedaron circunscritos a una élite formada fundamentalmente por algunos intelectuales, y algunos profesores universitarios o de liceo que actuaban en ámbitos muy reducidos. Recuerden que más del 80 por ciento de la sociedad era analfabeta. Sin embargo se dio un fenómeno muy curioso: aun en el habla popular entre 1938 y 1940 decirle a alguien que era franquista era un insulto. Incluso en el pueblo mismo ya había una cierta capacidad de absorción del concepto de democracia y del concepto de la antidemocracia o de la negación de la democracia, identificados con el fascismo.

Pero propiamente el concepto de democracia entró en Venezuela a partir de la firma por los Estados Unidos e Inglaterra —en agosto de 1941, si no recuerdo mal— de la Carta del Atlántico. La Carta del Atlántico. En este documento se echaron las bases para la formación del llamado campo de la democracia en lucha contra el fascismo; pero la democracia definida como autodeterminación de los pueblos, como el ejercicio pleno de la libertad y entendida también como disfrute de los derechos humanos. Estados Unidos y Gran Bretaña se comprometieron a garantizar estos derechos en todos los pueblos que entrasen en la lucha contra el fascismo.

Hasta aquel momento todos veíamos en Estados Unidos y Gran Bretaña el imperialismo aliado del general Juan Vicente Gómez, que no sólo suprimía la libertad sino que literalmente avasallaba al país. Por razones estratégicas globales hubo que cambiar esto, y esa fue la razón para que el general Isaías Medina Angarita promoviese un cambio. Pero lo mismo ocurrió con Rafael Leonidas Trujillo en Santo Domingo, Jorge Ubico en Guatemala y Anastasio Somoza en Nicaragua; todos abrieron las puertas de sus respectivas dictaduras, admitiendo incluso a los republicanos españoles, a sabiendas de que algunos eran comunistas. Así lo

requerían los tiempos. Y esto fue determinante sobre todo en los sectores educativos; allí se generó una nueva visión de concepto del gobierno, de la sociedad y de la democracia.

Cuando se abrió la educación en Venezuela, me refiero a los años 1946 a 1948, recuerdo que se establecieron los dos turnos escolares, se crearon los liceos mixtos y la afluencia de muchachos a estos institutos aumentó enormemente. Recibieron influencias que ya estaban en la prensa, que estaban en los maestros, que estaban en la radio. Diría que salimos de allí con un concepto de democracia un poco impreciso, un poco inmaduro, pero bastante más claro que el concepto de libertad. Ya ésta no sólo se vinculaba con la capacidad de poder hablar mal del gobierno sin que le pasara nada a uno, sino que se vinculaba con el ejercicio del poder y éste es uno de los aspectos que considero más importantes.

¿Cuándo se produjo este cambio en Venezuela? En la década del 40 al 50. Por eso es un hecho reciente que ha avanzado con una velocidad impresionante, más que en otros países de América Latina. Hay que recordar que México se halla al presente donde estábamos nosotros en 1947, tratando de estructurar un sistema sociopolítico democrático. México, que es un país de enorme importancia, todavía no ha logrado funcionar democráticamente.

—Ramón Piñango. Hasta ahora tu recuento histórico es un recuento de ideas, de ideas que entran, salen, se modifican...

—Germán Carrera. Buena observación.

—Ramón Piñango. ¿No hay más nada en esa historia?

—Germán Carrera. Buena observación, pero no es del todo justa.

—Ramón Piñango. No, yo no trato de ser injusto, sino que me llama poderosamente la atención.

—Germán Carrera. No es del todo justa la apreciación porque cuando he hablado de los conceptos de libertad e igualdad no los he referido a ideas, los he referido a contenidos muy concretos, por ejemplo, a la ampliación del universo electoral. Esta no es una idea, es una realidad.

—Ramón Piñango. No, déjame que me aclare. Fíjate que nuevamente presentas eso como una idea que se expresa en realidades concretas, pero tu base de análisis sigue siendo un juego de ideas, de conceptos, de palabras que se aclaran: libertad que no se diferencia de democracia por mucho tiempo, que luego se diferencia y eso tiene consecuencias prácticas, etc. Pero sigue siendo una narración histórica muy particular. No la critico de ninguna manera, pero sí me sorprendió. Mi pregunta entonces es: ¿dónde está la economía? ¿Dónde está el juego del poder?, ¿dónde está la exposición o no exposición al exterior? Casi quiero usar la expresión y la he estado evitando: ¿dónde está la base material de toda tu historia?

—Germán Carrera. Pero, ¿no he dicho que justamente el cambio comenzó en función de una coyuntura internacional, es decir del desarrollo de la política llamada del campo de la democracia en lucha contra el fascismo, y de la aparición del

petróleo como factor dinamizador de la sociedad? Ciertamente es que no he entrado en detalles, pero básicamente lo que hago es recoger conceptualmente esos procesos concretos. Por eso hablo de los analfabetas, de la mujer, de todos estos elementos porque no encuentro otra forma de expresarlo. Tendría que hacerlo estadísticamente y ya dije que mi propósito era lograr la comprensión del proceso histórico haciendo abstracción de sus detalles.

—Ramón Piñango. La pregunta que tenía en mente, curiosamente, enfatiza más bien lo psicosocial. La historia de una sociedad puede ser dicha, en parte, viendo cómo esa sociedad se ve a sí misma. Por supuesto, ¿quién la ve? La ven sus élites; la ven sus dirigentes; la ven sus intelectuales; la ven sus políticos. Hasta uno pudiera hacer una historia hablando de los diagnósticos que la sociedad hace de sí misma.

En el siglo XX, ¿cuáles han sido los diagnósticos que los venezolanos hemos hecho de nosotros mismos? ¿Han evolucionado o permanecen los mismos? ¿Cuáles, dirías tú, han sido las maneras como nos hemos visto, como nos hemos criticado, como nos hemos percibido, como nos hemos pronosticado?

—Germán Carrera. Este es un enfoque apasionante de la historia, que tendría que desarrollarse al mismo tiempo en dos planos. Uno, el propiamente historiográfico; el otro, el literario. Al mismo tiempo que Manuel Díaz Rodríguez estaba escribiendo *Ídolos rotos*, Laureano Vallenilla Lanz escribe *Cesarismo democrático*, y José Gil Fortoul los prólogos a su *Historia constitucional de Venezuela*. Son tres diagnósticos diferentes, y todos están dentro del mismo orden de ideas.

Al leer *Ídolos rotos* da la impresión de que Venezuela ha terminado. Recuerden el final, cuando los soldados le caen a culatazos a la estatua de yeso en el Círculo de Bellas Artes. Por otro lado tenemos a Laureano Vallenilla Lanz haciendo la teoría del *Gendarme necesario* y, por otro lado a José Gil Fortoul diciendo que la verdadera historia de Venezuela es la historia de la aspiración de los hombres civiles a constituir una república moderna. Son tres visiones completamente diferentes, y todos estos libros se escribieron entre 1895 y 1906.

¿Qué significa esto para mí? Significa fundamentalmente que sí es verdad que la sociedad, en parte, es también el resultado de su visión de sí misma. En el caso de los venezolanos del siglo XX se produce un fenómeno muy curioso, que es la sustitución de la percepción de lo real por el diagnóstico. Al venezolano le gustaría, por ejemplo, ser como Santos Luzardo, por eso hace del héroe de *Doña Bárbara* un símbolo de su personalidad; pero no le gusta verse como los personajes que pinta José Rafael Pocaterra en sus *Cuentos grotescos* o en el Doctor Bebé. José Rafael Pocaterra pasa a ser un autor de segundo nivel, ¿por qué? Porque es más lindo ser Santos Luzardo.

Esto está presente en la sociedad venezolana del siglo XX. Pero hay un hecho que es bueno retener, y es que hay un momento en que la comprensión de la socie-

Creo que el cambio más importante que ocurrió en Venezuela hasta mediados del primer tercio del siglo XX, fue justamente que se separó el concepto de libertad del concepto de democracia.

dad y, por lo mismo de todas sus expresiones, desde lo económico, hasta lo político, pasa de ser objeto de una interpretación más o menos creativa, imaginativa, literaria, a ser también objeto de estudio sistemático. Fue cuando para infortunio de este país aparecieron los economistas, los sociólogos, los estadígrafos, etc., que comenzaron a contarnos y medirnos, y nos han creado otro mito: el de creer que todos los conocimientos vienen derivados de la medición —en esos términos— de una sociedad. ¡Falso! Contar y medir no es sino producir elementos para poder hacer diagnósticos, y el diagnóstico va mucho más allá de contar y medir. Pero, ¿a qué defor-

Nosotros pusimos en marcha un proceso de cambio aceleradísimo en los años 1945-1948.

mación llegamos? Llegamos a que te dicen: “ésta es Venezuela” y te cuentan y te miden. Pero todos los otros aspectos quedan fuera. Aquellos aspectos que consisten en la manera cómo el venezolano se ve a sí mismo; en cómo él resume los tiempos históricos; en cómo

él sintetiza todo un acontecer de aspiraciones y de frustraciones que no es posible en modo alguno expresar con números porque desbordan sus apretados límites.

Entonces llegas a conclusiones dramáticas. ¿Cuál es la fosa que le cavaron los científicos sociales a la democracia venezolana?: “no puede ser una genuina democracia aquella donde no haya una participación equitativa de todos sus miembros etc., y mientras haya 40 o 60 por ciento de pobreza no hay democracia”. Por consiguiente no hay democracia en la India, que es de las más viejas y respetables de las democracias, hoy día. Pero, ¿y el valor que encarna la libertad? Como el valor libertad no se puede cuantificar, el científico social no lo toma en cuenta y lo deja como cosa de inspiración.

Lo único que la democracia puede ofrecer, el único fruto que la democracia puede ofrecerle al hombre, es la libertad, no el bienestar. ¿Quién procuró más bienestar en menos tiempo y de manera más milagrosa que Adolfo Hitler? Recibió una Alemania con seis millones de desempleados y seis años después estaba ensangrentando al mundo. ¿Qué planificador, en nuestro tiempo; qué economista de nuestro tiempo, ha logrado ese milagro? Pero luego ensangrienta al mundo. ¿Son más confiables los diagnósticos que hacen los estadígrafos, los economistas, los sociólogos? Creo que son necesarios, útiles, importantes, pero no pueden ser sustitutos de los demás diagnósticos. Y es allí donde entra el diagnóstico mágico. ¿Cuál diagnóstico mágico?: el del historiador. Sí, es mágico porque consiste no en medir y en contar sino en poner a funcionar cosas que son intangibles numéricamente como el sentido histórico, el espíritu crítico y el conocimiento de los hechos.

—Rafael Cadenas. La verdad es que no encuentro dónde situarme. Yo tengo desconfianza sobre la democracia, pero, por supuesto, rechazo toda dictadura. El militarismo me parece horrible. La pregunta que quería hacer tiene que ver con una de esas figuras que han sido exaltadas y creadas por cierta historia. Me refiero a Ezequiel Zamora. Quisiera pedirte que nos hablaras sobre él.

—Germán Carrera. Permíteme primero tocar un punto que vale la pena señalar. La historia de Venezuela, la evolución política de la sociedad venezolana, tie-

nen un sentido general. Uno de los elementos que conforman ese sentido general es el horror al despotismo. Nacimos a la vida independiente teniendo como bandera lo que se llamaba “el horror al despotismo”. ¿Qué quería decir esto? El horror al despotismo es una característica de todo el proceso histórico venezolano, y por eso se miden los gobiernos en relación con el goce de la libertad.

Ahora bien, ¿qué sucedió cuando llegamos al umbral del siglo XX, esto es, 1936? Aquellos hombres que van a tomar decisiones políticas en el año 45 se encuentran con lo siguiente: cuatro millones de habitantes; dos mil kilómetros de carreteras; la ciudad más desarrollada, Caracas, con 40 mil habitantes; 80 por ciento de analfabetismo, 60 por ciento del territorio preso del paludismo, de la desnutrición, etc. Este es una suerte de recuento objetivo. ¿Cómo pensar que con aquello se podía constituir una sociedad democrática moderna! ¡Había que estar loco para creerlo! Eran unos grandes ilusos o estaban muy mal informados. Rómulo Betancourt estaba en perfecta cuenta de todo ello, y, ¿cómo se le pudo ocurrir plantearse el objetivo de establecer una sociedad regida por un sistema político democrático, moderno, con aquel pueblo? Ciertamente no lo sé. Me lo he preguntado: ¿eran unos ingenuos, eran unos irresponsables, o estaban mal informados? Porque todo el mundo estaba convencido de que los venezolanos irían detrás del primer caudillo como habían hecho siempre. Y sin embargo, ellos tuvieron la osadía de poner el destino de la sociedad en manos de aquellos hombres mal nutridos, descalzos, etc.

Si ellos hubieran actuado con criterio de un sociólogo moderno, o de uno de estos teóricos políticos que cuentan y suman, mejor se hubieran ido a otro lado. Nunca se hubieran planteado el ejercicio de la democracia; a lo sumo hubieran establecido un despotismo ilustrado. Y su razonamiento quizás habría sido: “hay primero que calzar al pueblo”, “hay que curar el paludismo”, para después hacer la democracia.

—José Luis Vethencourt. Y tenían razón.

—Germán Carrera. Y tenían razón. Estoy hablando de Rómulo Betancourt, de Rafael Caldera, de Jóvito Villalba, de todo este grupo que participó y no sólo de los adecos. Ahora, ¿eran ellos hombres ignorantes? ¿Eran ellos sencillamente soñadores? ¿O eran grandes políticos intuitivos? ¿O era gente que en verdad tenía fe en las potencias del pueblo? Creo que nuestra experiencia con los gobiernos autocráticos es lo suficientemente negativa como para concluir que la democracia es la esperanza, en que la democracia materializa la esperanza de un mejor orden social, puesto que bien sabemos adónde nos ha llevado siempre la autocracia.

—Rafael Cadenas. ¿Puede ser el gran logro de este siglo?

—Germán Carrera. El gran logro de este siglo es haber tomado un grupo de hombres y mujeres y convertirlos en una sociedad, de acuerdo con un determinado proyecto sociopolítico de carácter democrático y moderno. Y no hay necesidad alguna de decir que todo ello se dio gracias al petróleo, porque al mismo tiempo hubo petróleo en los países árabes, en África y en otros lados, y allí no se desarrolló ni se

ha desarrollado todavía un proyecto democrático. Entonces, sí es cierto que el factor humano tiene una enorme importancia. Cada día que pasa me obliga a sentir un mayor respeto por ellos.

—Rafael Cadenas. Además, uno se pregunta, y si no hay democracia, ¿cuál es la otra oportunidad?

—Germán Carrera. La autocracia ilustrada; el despotismo ilustrado, es decir la idea que se tenía disimulada dentro del marxismo desarrollado como estalinismo.

—Rafael Cadenas. El despotismo ilustrado sigue subyacente.

—Maritza Montero. A eso quería ir. Esas mismas personas son las que siguieron al general Juan Vicente Gómez y amaron a Marcos Pérez Jiménez. En este momento también están proclamando la necesidad de un gobierno fuerte, de un lenguaje fuerte.

—Germán Carrera. Pero no son los mismos. Entre un venezolano de 1936, un venezolano de 1945-1948 y un venezolano posterior a 1958, hay una distancia enorme. El primer venezolano del año 36 era literalmente lo que llamó con excelente humor Andrés Eloy Blanco un Juan Bimba, es decir el hombre de sombrero de cogollo y pata en el suelo. Ese era el venezolano. ¿Y luego del 45-48? Aquellos insupportables adecos metidos en todas partes; hombres y mujeres; niños y niñas metidos en todos lados decidiendo y haciendo, y volviéndole la vida imposible a medio mundo.

—Maritza Montero. El totalitarismo adeco.

—Germán Carrera. ¿Pero qué significaba eso? Por primera vez en nuestra historia hubo participación y participación real, efectiva. Después de 1948 era imposible que en la sociedad venezolana no se reflejara el impacto de un millón de inmigrantes y del proceso de urbanización. El año 36 éramos una sociedad agrícola y agraria, pero en el 58 ya éramos una sociedad urbana y en vías de industrialización. Hay allí una diferencia muy grande.

—Maritza Montero. Tú dices que el gran logro del siglo XX es la transformación de un grupo humano en una sociedad estructurada, y esto lo vinculas con la noción de democracia. La separación de la libertad y la democracia me parece sumamente interesante, así como el horror al despotismo en cuanto bandera. Sin embargo, esta última parte no la encuentro convincente, y no la encuentro convincente no solamente porque yo lo haya estudiado, sino porque dentro de tu propio discurso encuentro que por una parte dices que hubo un logro democrático pero, por la otra, está el horror al despotismo. Sin embargo, por lo que he estudiado —pero que han estudiado también otras personas—, encuentro al mismo tiempo fascinación por el despotismo y el seguimiento del déspota y la adulación de los déspotas, o de los déspotas en prospecto, es a eso a lo que yo me refiero.

—Germán Carrera. Tienes razón. Cuando yo hablo del horror al despotismo quiero decir que efectivamente dentro de lo que podríamos llamar el proyecto nacional venezolano, expresado en las constituciones, existe el concepto del horror

al despotismo. Por eso se planteó la lucha entre Estado unitario y Estado federal, por eso se gestó la Guerra Federal, etc.

Hay horror al despotismo, pero esto no quiere decir que en la sociedad misma —y sobre todo, en lo que podríamos llamar la estructura psicológica del venezolano— haya habido el cambio fundamental al que me refería al comienzo. Recuerden que dije que una sociedad democrática se caracteriza, entre otras cosas, por su capacidad de autocontrol, es decir, que es una sociedad que realmente logra extraer de sí misma para botarlo, para arrojarlo, ese gusto por el despotismo, ese gusto por los procedimientos abusivos. Si se consideran la Suiza de hasta 1848 y la de hoy ese fenómeno se ve muy bien. En 1848 Suiza era uno de los países más enguerrillados de Europa; los cantones vivían en guerra y en una invasión recíproca tanto interna como externa. Por eso inventaron el Consejo Federal, que luego ha permitido que se hable de Suiza S.A. Es decir, una forma de estabilizar la sociedad y vaciarla de aquel contenido de violencia. Por eso, el general Antonio Guzmán Blanco, cuando estaba organizando Venezuela, vio como ideal a la Suiza del 48. De allí la llamada Constitución Suiza, es decir la del Consejo Federal. Alguna vez lo dije así: éramos Suiza pero nunca fuimos suizos.

Quiero decir que en realidad sí había la preocupación por vaciar la sociedad de este contenido de despotismo; por lo demás, es lo que está presente en Doña Barbara. ¿Cuándo se logrará eso? Se logrará genuinamente cuando la sociedad venezolana llegue al que podríamos considerar un alto nivel de maduración democrática; pero hablo de la sociedad, no del gobierno, no de la estructura política.

Permítanme contarles una anécdota. En 1992, en el World Economic Forum en Suiza, hubo un seminario con Peter Roman, entonces primer ministro de Rumania. Me dijeron que es hijo de un comunista rumano de las Brigadas Internacionales y de una comunista española. Habla muy bien el español. En aquel momento era una figura en auge en el mundo de la democracia popular. Cuando expuso lo que se estaba haciendo en Rumania para el desarrollo democrático, se me ocurrió decirle que en Venezuela teníamos 30 años de ejercicio democrático del poder, y sin embargo estábamos en el umbral de comenzar a ser una sociedad democrática. Son cosas muy diferentes: tener un sistema político democrático puede depender de la voluntad política de un grupo, de un sector, de un partido; pero ser una sociedad democrática no puede proceder sino de la sociedad misma, porque ningún gobierno puede decir “séase democrático a partir del lunes 15 a las 7 de la noche”. Bueno, se imaginarán mi sorpresa cuando Peter Roman al responderme dijo: “Donde eso sucede es porque no hay voluntad política”. Yo pensé: “Este es Stalin hablando de democracia”. Él parecía estar convencido de que en un momento dado si se decía “ésta es una sociedad democrática”, así, por mero ejercicio de la volun-

¿La filosofía fue la que te condujo a la historia o la historia te ha conducido a la filosofía?... Soy un historiador que sencillamente trata de ir un poco más allá de lo que es la narración de las cosas, que trata de interpretar o de comprender o relacionar, pero no soy un filósofo de la historia ni mi campo es la filosofía.

tad, a partir de ese momento la sociedad se convertiría en una sociedad democrática. Sucede lo mismo con nuestro presidente actual, que confunde la palabra con la acción y por lo tanto cree que decir las cosas es hacerlas. Quedé asombrado porque mi convicción es que mientras la sociedad no avance en su proceso de democratización, las bases de la propia democracia sociopolítica seguirán siendo endebles. Una vez que el sistema político democrático ha llegado a un cierto punto de culminación, se pueden introducir variantes, pero ya la culminación está a la vista. El llevar adelante nuevas formas de funcionamiento requiere que la sociedad misma

esté abierta a éstas, y aquí viene una segunda anécdota.

Cuando nosotros aprobamos en la Copre la elección directa de gobernadores y de alcaldes, y le fuimos a informar al presidente Jaime Lusinchi —no olviden que la Comisión dependía de la presidencia— lo que estábamos haciendo, así se lo dijimos. Pero el presidente, como buen político venezolano de otro tiempo, reaccionó inmediatamente contra la elección de gobernadores, “Eso es una locura, un peligro”. No sólo porque le quitábamos 60 por ciento de poder al presidente, quien ya no podría enviar a sus amigos a gobernar aquí y allá, sino por algo también muy importante: porque se le obligaría a funcionar como presidente políticamente,

porque podían salir electos gobernadores de un partido contrario.

—Ramón Piñango. A gobernar democráticamente.

—G. Carrera. Gobernar democráticamente, así está muy bien dicho. En efecto, si el presidente era adeco y los gobernadores de estado copeyanos, tenían por fuerza que entenderse, tenían que buscar la forma de acordar: ésa es la democracia. Pero su reacción fue inmediata y categórica, y después no volvió a recibirnos.

Ahí tuvimos nosotros un claro indicio de que habría resistencia al proceso de reforma del Estado, decretado por el propio presidente Jaime Lusinchi. Por ello cabe decir que el pueblo venezolano ha funcionado democráticamente pero todavía no se ha purgado, digámoslo así, de la tendencia, por lo demás muy cómoda, de transferir la responsabilidad.

—Asdrúbal Baptista. Yo quisiera, antes de darle la palabra a José Luis Vethencourt, introducir una pregunta de una naturaleza distinta, con un foco diferente al que hasta ahora ha dado pie para tus importantes reflexiones. Quizás no hay muchos venezolanos, con la conciencia y el sentido de la historia que a ti te acompaña, que haya tenido el privilegio de contemplar de cerca el juicio que otros tienen sobre nosotros. A mí me encantaría que nos dieras cuenta, hasta donde sea posible reconstruirlo en una respuesta breve, de cómo ha sido a lo largo del tiempo en tu experiencia personal el juicio de los otros sobre nosotros.

—Rafael Cadenas. Antes está pendiente la pregunta sobre Zamora, y otra cosa, tal vez pudieras precisar qué pasó exactamente con lo de la Copre, es decir, por qué no se hicieron las reformas que quizás hubieran evitado muchos inconvenientes.

**Hasta ahora
tu recuento histórico
es un recuento de ideas,
de ideas que entran,
salen, se modifican...**
Buena observación
**...¿No hay más nada
en esa historia?**
**¿Dónde está la base
material de toda
tu historia?**

—G. Carrera. ¿Por dónde comienzo? Las tres preguntas son muy tentadoras. Zamora es un invento de la historiografía marxista para darle fundamentación a una consigna agrarista mexicana. Es la lucha por la tierra y se presenta al general Ezequiel Zamora como el símbolo del venezolano que lucha por la tierra y por la igualdad social.

Ahora bien, no hay ningún indicio documental con respecto al general Ezequiel Zamora que acredite esto. Y aunque bien podría no haber indicios documentales, sí algunos indirectos, pero tampoco se les ha identificado. En cambio, no sólo en las proclamas sino también en la actuación de Juan Crisóstomo Falcón —y de quien las escribía, el general Antonio Guzmán Blanco— se encuentra algo muy diferente. Por ejemplo, la “Proclama de Palma Sola” es el primer documento en el cual se hace la afirmación de la necesidad de la democracia y dice: “el nuevo orden de cosas debe realizar los sacrosantos principios de la democracia”. Se le pierde, pues, el miedo a la palabra, que estaba en descrédito desde la independencia, cuando se hablaba de la diablocracia: la diablocracia como símbolo no de desorden ni de maldad sino de pérdida del alma, es decir, ser demócrata era sencillamente ir contra la voluntad de Dios, era ponerse al lado del diablo.

Cuando el general Juan Crisóstomo Falcón publicó su Decreto de Garantía en 1863, documento que ha sido muy poco estudiado y que sirvió de base a la Constitución de 1864, produjo un estatuto mucho más avanzado que la Constitución misma desde el punto de vista de los valores democráticos. Ahora bien, se trata de un documento real, que está allí. No fue publicado bajo la presión del general Ezequiel Zamora, ya muerto ¿Qué pasó después de esto? Ese gran político que fue el general Antonio Guzmán Blanco se dio cuenta de que si la escasa élite venezolana continuaba autoliquidándose en la guerra, sencillamente al país se lo iban “a coger los negros”. Montó una solución política. Así surgieron los Tratados de Coche, para establecer un *modus vivendi* a los fines de salvar a la clase dominante, para darle la posibilidad de que reconstituyera su unidad y aplazara otras luchas de cara a mantener el control de la sociedad. No hay que olvidar que en aquel momento el problema central de la clase dominante venezolana era reconquistar el control de la sociedad, que habían perdido durante la guerra de independencia con el alzamiento de los esclavos, la rebelión de los pardos, el igualamiento de los pardos en el ejército, etc.

Por eso la democracia en aquel momento tuvo un contenido programático que no es estrictamente actual, pero que en todo caso marcaba un avance sobre la constitución liberal. Esto lo llevó el general Juan Crisóstomo Falcón mucho más adelante que el general Ezequiel Zamora.

En cuanto a la Copre debo decir lo siguiente. Aprobamos lo que se llama la reformas políticas inmediatas. Lo puedo decir con conocimiento porque presidí la Subcomisión de Reforma Institucional que elaboró esas proposiciones. Esas proposiciones incluían: elección de gobernadores, elección de alcaldes, uninominalidad,

democratización de los procedimientos para la designación de candidatos en el seno de los partidos, en el sentido de realización de primarias, y dos más que no logro recordar. Eran las que se consideraban urgentes para abrir camino. Eso fue aprobado por todos; incluso, como he dicho, se elaboró un documento. En el Salón Elíptico lo suscribieron todos los candidatos a la presidencia en 1988. Todos firmaron, así lo creo, porque pensaban que aquello no iba a pasar del papelito. Sucedió, sin embargo, que aquello entró en vías de realización; se aprobó la elección de gobernadores, y de alcaldes; el sistema electoral se cambió y se comenzó a presionar para que los partidos se abriesen e hiciesen elecciones primarias.

¿Qué pasó? Aquello no le gustó a los grupos que manejaban los partidos, todos los partidos, porque uno de los primeros en chillar fue el MAS. Los partidos veían debilitada su capacidad de dirección y de control del poder, y comenzaron a dar marcha atrás. Eso era esperable, y en esa marcha atrás es donde nos encontramos al presente.

—Rafael Cadenas. ¿El referendo revocatorio se planteó?

—Germán Carrera. No. Había diez medidas más que incluían el voto militar. (Otra medida propuesta fue el financiamiento de los partidos políticos por el Estado.) No nos atrevimos a presentarlas todas de una vez porque entendimos que sería muy difícil que las aceptaran; pensamos dosificarlas. Las primeras cinco entraron en vías de aplicación, y entonces los partidos mismos se asustaron, anularon las primarias y llegaron al absurdo de la elección del último candidato de Acción Democrática. ¿Recuerdan cómo eligieron a Luis Alfaro Uceró? ¿Tienen presente lo que hizo Copei con Irene Saéz?

—Maritza Montero. Bueno, llegaron al suicidio.

—Germán Carrera. El fin de la Copre ocurrió en el año 88 con la elección de Carlos Andrés Pérez. A él se le ocurrió, creo que con buen propósito, crear un Ministerio de Reforma del Estado, y nombró a Carlos Blanco ministro de la Reforma del Estado. Aquella mañana nos reunimos en casa de José Andrés Octavio: él, Carlos Blanco, Ramón J. Velásquez, Arnoldo José Gabaldón y yo, para estudiar el significado de la proposición del presidente Carlos Andrés Pérez. Mi posición fue la de que me parecía muy bien que existiera un ministro de Reforma del Estado, pero no que fuera el presidente de la Copre, porque la fuerza moral y política de la Copre venía de su autonomía. Esta nos había permitido funcionar, incluso contrariando al presidente Jaime Lusinchi. En cambio, si se la subordinaba se la mataba. En efecto, allí comenzó a morir. La Copre se fue convirtiendo en un seminario académico hasta su extinción.

Sobre el punto que Asdrúbal plantea debo decir lo siguiente. A mí siempre me ha interesado este tema. En efecto, si hay una alergia que haya sentido siempre es a lo que llamo la piedad latinoamericanista, pues la he vivido en muchos círculos extranjeros. Lo que es aceptable o tolerable en un latinoamericano no lo sería en un alemán, porque nosotros, se piensa, somos una subespecie. Yo he sido un privilegia-

do, de manera que no hablo por resentimiento. He sido muy bien recibido en las universidades extranjeras, no tengo ningún motivo de queja, pero, ¿por qué? Porque consideran que soy como ellos. Pero de allí a que se me acepte como expresión de una cultura, es decir, el ser latinoamericano, hay una distancia muy grande todavía hoy.

Recuerdo que una vez le pregunté a un profesor de una universidad norteamericana –un científico político muy importante– que había escrito sobre Venezuela, “¿cuál crees que es el rasgo distintivo de nosotros los venezolanos?”. Se quedó pensativo y dijo: “La candidez”. A mí aquello me cayó como una bomba, porque ¿qué es lo cándido? La candidez en este caso es el hombre que no está inserto en la misma civilización, es decir, aquel hombre crédulo, ingenuote, el buen salvaje, lo que se quiera, pero en todo caso “no igual a ellos”. Entonces, somos gente cándida.

En Cambridge se lo pregunté a otro profesor. Ese fue más simpático y claro: “Los venezolanos no nos gustan a los ingleses porque tienen tres defectos –estoy hablando del año 1977-1978–. Los tres defectos son: primero, son jóvenes y nosotros somos viejos; segundo, son ricos y nosotros somos pobres, y tercero, no nos necesitan para nada.

¿Cuál es la conclusión? Se nos veía como gente favorecida por el destino en el sentido de tener bajo nuestros pies la responsabilidad de 600 mil millones de barriles de petróleo; de ser poco coherentes en nuestro funcionamiento social y político; de ser incapaces de formular planes de largo plazo y de llevarlos adelante, y, sobre todo, de ser arrogantes, pero con la arrogancia que da el dinero no trabajado, no producido, no aceptado. Por último, de ser muy ignorantes.

—Rafael Cadenas. ¿Ignorantes? Pero, ¿de quién es esa visión?

—Germán Carrera. Esa es la conclusión a la que llegué después de hablar con una buena cantidad de gente. Ser muy ignorantes, ¿qué se quiere decir con esto? Que no tenemos una percepción real del mundo exterior y nos encerramos en una especie de provincialismo elemental llamado patriotismo bolivariano, o como se lo quiera llamar. Pero el hecho es que pareciera que el mundo exterior no nos roza, ni nos interesa.

En los comités de historia donde he estado y estoy frecuentemente hay que encargar, por ejemplo, un ensayo sobre la religión en América Latina en la primera o la segunda mitad del siglo XIX o en la segunda mitad del siglo XVIII. Me pongo a buscar un historiador venezolano que pudiese hacer ese trabajo y caigo indefectiblemente en un historiador argentino, chileno, norteamericano, inglés o francés, porque casi no hay autores venezolanos que hayan entendido que para comprendernos debemos comprender a los demás. En nuestra Escuela de Historia de la UCV hicimos un gran esfuerzo por desarrollar el área de Historia Comparada y fracasó. Cuando fui director de esa Escuela no logré encontrar alguien que quisie-

Fue cuando para infortunio de este país aparecieron los economistas, los sociólogos, los estadígrafos, etc., que comenzaron a contarnos y medirnos, y nos han creado otro mito: el de creer que todos los conocimientos vienen derivados de la medición.

ra crear la Cátedra de Historia de los Estados Unidos. Ahora, ¿hay un país más importante para nosotros que los Estados Unidos? ¿Cómo es posible que en una escuela de historia en Venezuela no se estudie la historia de los Estados Unidos? Se ofrecieron becas y todas las facilidades en los Estados Unidos, pero nadie quiso aprovecharlas.

Este es uno de nuestros grandes defectos: cuando nuestro mundo chiquito no se acuerda con el mundo grande, rehuimos nuestra responsabilidad. Yo he visto a individuos o personalidades funcionando a nivel internacional –al más alto nivel

Yo creo que la idea de contraponer democracia y hambre no es justa, ni con el hambre ni con la democracia, porque ha habido pueblos muy bien comidos sin democracia y ha habido pueblos mal comidos con democracia.

internacional– con el mismo grado de competencia, con el mismo grado de respetabilidad, de gente de otros países, y de los más importantes. Son individualidades no formadas dentro de un sistema, dentro de un esquema. Recuerdo el caso de Andrés Aguilar. Ustedes no se imaginan la satisfacción, el orgullo, que sentí como embajador cuando fui a hablar con el secretario de Relaciones Exteriores de México –los mexicanos no son nada ligeros en dar su apoyo–, y solicité su apoyo para elegir para la Corte Internacional de Justicia a un jurista venezolano: Andrés Aguilar. La respuesta del secretario de Relaciones Exteriores fue: “Por supuesto, inmediatamente, ése es un hombre que nos merece absoluto respeto”.

Tres meses después, hice lo mismo en Suiza, porque me trasladaron allá, y cuando mencioné el nombre de Andrés Aguilar como nuestro candidato obtuve una respuesta semejante, es decir, gozaba del más alto nivel de aceptación posible.

Cuando fui embajador en México, en 1987, el embajador de Venezuela –y ciertamente que no por serlo yo– seguía al de Estados Unidos en importancia. Es más, puedo decir que casi invariablemente una vez a la semana llegaba algún visitante centroamericano o del Caribe a contarme lo que ellos querían que supiera el gobierno de Venezuela sobre la situación de sus respectivos países, llegaban guerrilleros, no guerrilleros, de izquierda, o de derecha. En la Cancillería deben estar las decenas de cuartillas que envié, y en las que recogí lo que me decían, subrayando que “es importante que el gobierno de Venezuela lo sepa”. ¿Por qué era importante que el gobierno de Venezuela lo supiera? Porque Venezuela aparecía en América como la respuesta viable a la contraposición entre dictadura militar y cubanismo; Venezuela era la prueba de que la democracia sí podía funcionar. Era el momento del proceso de Contadora, por ejemplo. La estimación de Venezuela era altísima, y todavía cuando llegué a Suiza, en el 92, encontré que el prestigio de la democracia venezolana era altísimo; éramos vistos como un país que estaba realizando la democracia.

Poco tiempo después aquello comenzó a declinar aceleradamente, hasta llegar a hoy. Recuerdo cuando en UNESCO-París me preguntaban, desde luego que en broma: ¿tienen hoy otro presidente? Es decir, nos bananizaron, nos convirtieron en

república bananera. Sí, es doloroso, pero les doy el testimonio personal, directo, de que nuestro nivel de estimación era verdaderamente muy alto.

—José Luis Vethencourt. Primero, quería decir que hay un límite en el amor a la democracia: el hambre. Preciso entonces lo siguiente ¿cómo es posible que se puedan hacer compatibles la esclavitud con la democracia? Por ejemplo, si en un país, en una sociedad, hay esclavitud, ahí se está negando la democracia.

—Germán Carrera. Salvo la democracia clásica griega.

—José Luis Vethencourt. Exacto, y ¿la norteamericana? Otra cosa que voy a preguntar, ¿ha pensado usted sobre la idiosincrasia venezolana? A mí me encanta eso de la idiosincrasia; que los países por más que tengamos una serie de cosas en común, no dejan de tener algo que es muy suyo, estrictamente típico. Le pregunto si usted ha pensado una vez en esta cuestión de la idiosincrasia venezolana. Es obvio que una cosa es un colombiano y otra cosa es un venezolano, que hay unos rasgos colombianos que no tenemos los venezolanos, algo que se va formando como un aura psicológica global.

—Germán Carrera. No quiero dejar pasar el primer comentario suyo. Yo creo que la idea de contraponer democracia y hambre no es justa, ni con el hambre ni con la democracia, porque ha habido pueblos muy bien comidos sin democracia y ha habido pueblos mal comidos con democracia. Creo que lo que la democracia puede hacer en el acontecer del hombre para que no pase hambre es el ejercicio de la igualdad y de la libertad. ¿Qué quiero decir con esto? Por ejemplo, el acceso a la educación como la forma de adquirir medios para poder realizar su proyecto personal; el ejercicio de la libertad en el sentido de que el individuo no está limitado por divisiones clasistas o estamentarias que le impidan expresar su energía o su capacidad creativa en este o en aquel otro campo. Pero de allí a garantizar el resultado, es donde media la idiosincrasia que usted dice. Por eso no creo que la democracia necesariamente pueda ser contrapuesta con el hambre.

En cuanto a la idiosincrasia hay que recordar que ésa es una preocupación muy vieja. Hay un bellissimo capítulo de Rafael María Baralt intitulado “Carácter nacional” en su *Historia de Venezuela*. Me he preguntado ¿por qué ese capítulo?, ¿porque estaba de moda en la historiografía europea? Sí, en Europa se estaba escribiendo sobre el carácter nacional; es el período del romanticismo, y del desarrollo de los nacionalismos. Pero en Venezuela hay un referente muy importante. Recuerden que la guerra de independencia literalmente consumió gran parte de la que podríamos la élite criolla, esa clase dominante de blancos que en verdad ejercían el control de la sociedad. No era una clase política, porque la política estaba en manos de los representantes del Estado español. Ellos controlaban la sociedad, y cuando aspiraron al control político, perdieron el control de la sociedad. ¿Por qué? Porque como he dicho insurgieron los esclavos, insurgieron los pardos, etc.

¿Cuál era la situación en la que Rafael María Baralt se hallaba? ¿Quiénes representaban las idiosincrasias del venezolano? ¿Aquel hombre a quien en la lla-

nura de Ayacucho le dijeron “Gloria al vencedor”, y respondió: “Honra al vencido”?; ¿O Leonardo Infante, que porque le gustaban las muchachas de Bogotá fue acusado de secuestrar una y asesinarla? Ese era el coronel Leonardo Infante. Se afirma que cuando le preguntaron a Simón Bolívar si lo iba a indultar, comentó: “Infante es capaz de atravesar una paloma con un puñal”.

Los dos eran venezolanos: ¿cuál representaba la idiosincrasia o el carácter venezolano? Nosotros siempre nos hemos arrullado con la idea de que somos un pueblo pacífico, enemigo de la violencia. Claro, si lo comparamos con los Estados Unidos evidentemente que somos más pacíficos, pero nuestra guerra de independencia duró 14 años y consumió la tercera parte de la población. Luego tuvimos guerras civiles durante todo el siglo XIX. ¿Cuál es la idiosincrasia del venezolano? ¿Y si llegamos a la idiosincrasia del venezolano de hoy, es decir, 80 por ciento de la población en las ciudades, gran parte de ellas ruralizadas?; Este es un reto para quienes trabajan en estos campos del saber, que puedan ofrecer alguna idea sobre esto.

En verdad, no creo que se pueda generalizar sobre la idiosincrasia del venezolano. Déjenme narrarles la anécdota de un señor venezolano a cuyo hijo lo sorprendieron traficando con automóviles robados y droga en Lugano. La policía Suiza lo detuvo y me informó: “Hay un venezolano preso, pero no podemos decirle ni el nombre ni la causa porque él no nos ha autorizado para divulgarlo”. Hablé con el jefe de la policía: ¿Pero a mí no me lo puede decir?, “Nada, mientras él no autorice no le informo, pero ahí tiene el dato”.

Llegó el padre del detenido, que es un coronel retirado de la Guardia Nacional. Lo primero que me dice es que en Lugano no hay un hotel decente, cuestión que la mayoría de los europeos no habían descubierto todavía. Luego me dice tranquilamente: “Embajador, porque yo soy amigo del general no sé quién, entonces, bla, bla, bla”. Él se pensaba que estaba en Yaritagua o váyase a saber dónde. Pues bien, “¿Qué quiere usted que haga?”, y me respondió: “A mi hijo lo han torturado”. Le digo de inmediato: “Señor: acusar a la policía Suiza de tortura es algo muy delicado que puede tener consecuencias muy graves, ¿usted sostiene eso?”. “Sí, incluso el abogado que yo contraté está de acuerdo conmigo”. Le dije entonces: “Hágame el favor de decirle al señor abogado que me llame, que me informe y de acuerdo con lo que él me diga yo informaré a Caracas y pediré instrucciones a la Cancillería, porque este es un asunto muy serio”. Unos momentos después sonó el teléfono y me dice el abogado: “Embajador, ¡por favor! no haga caso de esto, yo no he dicho nada, todo lo que le han dicho es mentira”.

Ahora, ¿es ésa la idiosincrasia del venezolano? No creo que por allí se halle tampoco el camino acertado.

—Maritza Montero. Tú dijiste que habías escrito para gente que te iba a leer a mediados del próximo siglo, y te preguntabas al inicio de esta conversación si podrían entender en el siglo XXI el siglo XX y sus problemas, por ejemplo, lo que ha

sido la pobreza en el siglo XX. Me parece que hay una pregunta particularmente interesante, y es la del anacronismo profesional, es decir, la historia entonces como una eterna anacronía, esto es, algo que viene de un tiempo que es otro y absolutamente es siempre así, por lo que nunca podremos entender realmente qué es lo que pasó, puesto que estamos ya en otro lugar.

—Germán Carrera. El tiempo histórico es otro. ¿Quién sabe cómo vivían los que construyeron las pirámides? Yo diría que el tiempo histórico va estrechando el tiempo cronológico y llega un momento en que sólo se retienen los hechos sobresalientes o significativos. Pero esos grandes sectores de tiempo cronológico, en los que han sucedido muchas cosas, hay que resumirlos. De otra manera la historia sería imposible.

—Maritza Montero. Se suele hablar de dos tipos de historiadores: los que cuentan muchísimas cosas, como los ingleses, y los que resumen todo en algunas ideas, como los franceses.

—Germán Carrera. Lo que los propios historiadores de Cambridge llaman la ensayística francesa, y que consideran que no es historia. Cuando llegué a Cambridge había un hombre que yo quería conocer por encima de todo, me refiero a Geoffrey Barraclough, gran estudioso de la Edad Media. Pregunté por él diciendo que yo quería verlo, conocerlo, y me dijo un profesor muy estirado: él fue un historiador. Yo le replico: “¿cómo que fue?”. A la vuelta me responde: “Lo que pasa es que ahora está entregado a la ensayística francesa”; es decir, estaba escribiendo sobre historia contemporánea.

—Isaac Chocrón. ¿La filosofía fue la que te condujo a la historia o la historia te ha conducido a la filosofía?

—Germán Carrera. Estás tocando un punto delicioso. Te lo voy a contar anecdóticamente porque te va a gustar. Yo creía que mi camino era la filosofía; cuando estudiaba en el Liceo Fermín Toro, en el año escolar 1947-1948, tuve un profesor de filosofía que se llamaba Eugenio Medina y que no olvidaré nunca. Para mí era la imagen de un hombre sabio. Comenzamos a estudiar la historia de la filosofía y me enamoré de Platón, claro, porque primero leí el Banquete y me enamoré. Decidí no leer sino a Platón, y el profesor, muy sabiamente, me dijo: la filosofía es una sola, siga con Platón, mientras él seguía con todo el desarrollo aristotélico, la patrística, etc.

Cuando llegué a Francia en 1948 iba decidido a estudiar filosofía, y fundamentalmente a Platón. Asistí a unas conferencias introductorias que dictaban en La Sorbona y escuché a un profesor ya muy anciano. Cuando decía “Platón afirmó”, decía en griego lo afirmado y lo escribía también en griego. Más adelante citó, creo recordar que a Hegel, y habló por supuesto en alemán escribiendo en ese mismo idioma las frases citadas. Mi reacción fue simple e inmediata: éste no es mi campo, porque yo he leído a Platón en las traducciones de la Colección Austral, y no en

Zamora es un invento de la historiografía marxista para darle fundamentación a una consigna agrarista mexicana. Es la lucha por la tierra y se presenta al general Ezequiel Zamora como el símbolo del venezolano que lucha por la tierra y por la igualdad social. Ahora bien, no hay ningún indicio documental con respecto al general Ezequiel Zamora que acredite esto.

griego. Y lo mismo tenía que decir en relación con Hegel. Presentarse en La Sorbona a estudiar filosofía sin esas lenguas era un atrevimiento imperdonable.

—José Luis Vethencourt. Eso quiere decir que no se puede estudiar filosofía sin griego y sin alemán.

—Germán Carrera. Ahí murió mi vocación filosófica.

—Isaac Chocrón. Pero tú admites que hoy día más que historiador eres filósofo.

—Germán Carrera. No sé, yo no lo diría, no lo diría por una razón muy concreta.

Una de las cosas que estudié muy seriamente fue el culto a Bolívar, es decir, traba-

Pero propiamente el concepto de democracia entró en Venezuela a partir de la firma por los Estados Unidos e Inglaterra —en agosto de 1941, si no recuerdo mal— de la Carta del Atlántico.

jé con ahínco en el campo de la historia de las ideas. Pero vino Luis Castro Leiva, mi querido amigo, y tomó aquello y lo llevó a un nivel de comprensión, en cuanto a la retórica, los principios filosóficos, etc., que yo no podía alcanzar porque no tenía los instrumentos. Él sí estaba más cerca de la filosofía, aunque viniera del campo jurídico. En todo caso, yo entendí por él cosas que no había entendido debido a mis limitaciones

Luis tenía dos lectores: él y yo, y no era nada fácil. Lo llamaba y le decía: Luis, te leí y sobreviví. Con eso te quiero decir que si yo afirmara que soy del campo de la filosofía me sentiría como un farsante.

Soy un historiador que sencillamente trata de ir un poco más allá de lo que es la narración de las cosas, que trata de interpretar o de comprender o relacionar, pero no soy un filósofo de la historia ni mi campo es la filosofía.

—Rafael Cadenas. A los historiadores ¿no los horroriza la historia?

—Germán Carrera. Benedetto Croce escribió un libro que se llama *La historia como hazaña de la libertad*. Para él ése es el sentido general de la evolución de la humanidad, considerando la noción de libertad no sólo como una noción política, sino en relación con el ambiente, en la relación con los propios atavismos sociales, etc. El hombre que se realiza a plenitud, y pareciera que ése es el sentido de la historia según Benedetto Croce. Pero a su lado encontramos la que podríamos llamar la concepción apocalíptica de la historia, que tiene diversas variantes, que van desde los trabajos recientes sobre la sociedad industrial hasta el daño ambiental, el agotamiento de los recursos naturales, la destrucción de la fauna y de la flora. Esa también sería para otros la finalidad de la historia. En más de una ocasión la historia pareció reunir la libertad con el Apocalipsis. Hay, pues, donde escoger.